

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

2^a EPOCA.

NUM. 12.

San José, 30 de Octubre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

ESTUDIOS PEDAGÓGICOS, por Francisco Gavidia.—
POR CULPA DE UN CAJISTA, por G. Gagini.—EL SALMO DE ORFEO, poesía por F. Gavidia.—WILLIAM VILLOUGHBY, traducción por C. Gagini.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—TIJERA.—NOTAS.—ANUNCIOS.

ESTUDIOS PEDAGÓGICOS

Vicios de la enseñanza puramente científica en

Centro América.

Los palabras más sobre el influjo poderoso que ejercen las letras en el crecimiento de las ciencias.

Teniendo las ciencias por dominio la verdad absoluta y las letras la verdad relativa, y necesitando las ciencias, para avanzar, aventurar hipótesis,—las letras, que dominan la hipótesis ampliamente son un auxiliar indispensable. No es esto todo. La verdad relativa, ó sea la hipótesis, no es peligrosa en arte; en ciencias viene á ser, como lo hemos probado antes, un temible escollo. ¿Qué necesitan los hombres de ciencia? Poseer grandes nociones literarias; familiarizarse con los secretos del arte para que una hipótesis no los engañe; para no edificar sobre una suposición colosales sistemas, falsos como verdad absoluta, amenazando ruina, aplastando finalmente con sus escombros las creencias, la fe, la sensibilidad de una generación, como sucede con el transformismo mal entendido, con la observación esclava, con el realismo servil. Una sana filosofía y alta prudencia en aventurar juicios y afirmaciones, vendría á reemplazar á la pedantería demolidora con que supuestos Colones vienen descubriendo mundos desconocidos, tan inhabitables... como quiméricos.

Por lo que hace al efecto ordinario de las letras en las carreras profesionales basta

observar que los hombres de ciencia que más se distinguen son aquellos que tienen más aptitudes literarias. No descuellan estos hombres por efecto de haber recibido una educación inversa á la que se imparte ordinariamente, sino por buen talento natural, porque están en ellos las aptitudes literarias. La educación, sin embargo, y como es sabido, debe aspirar á hacer generales los beneficios. Así, si un joven de medianas aptitudes adquiere una ilustración, al influjo de la enseñanza puramente científica, representable por la cifra 10; ayudado por un curso de literatura serio y amplio, adquiriría una ilustración representable por la cifra 100. Excusado es decir que cuando las aptitudes del estudiante son sobresalientes el éxito es incalculable.

En todo escritor hay un publicista, hay un legislador, hay un filósofo, un historiador, y si cultiva las ciencias físicas ó exactas, un hombre de ciencia insigne; si Goethe, naturalista innovador; si José Batres ó Echeagaray, matemático insigne. Pero no es preciso buscar ejemplos excepcionales. El lector puede pasar revista á nuestros hombres de ciencia eminentes: tienen siempre gran provisión literaria y filosófica.

IV.

Apliquemos las nociones anteriores á los sistemas de enseñanza en Centro América.

Veamos el de la colonia.

Pocas y mal servidas escuelas, donde se estudiaba un vasto compendio de teología, el Ripalda, bueno por lo que hace á la fe, malo, muy malo para desenvolver la inteligencia de los niños; otro vasto compendio analítico de la lengua, la gramática, clasificación y enumeración científicas, como la zoología y la botánica, provisto de su tecnicismo sacado de las lenguas muertas, infructuoso para aprender á escribir ó hablar, perjudicial para

el desenvolvimiento de la imaginación y el criterio, (como lo podrán testificar los pocos resultados que hoy mismo obtiene la juventud con su estudio); elementos de aritmética, destinados á rectificar los errores del razonamiento; ya hemos trascrito las palabras de Chateaubriand que aluden á la opinión que á este respecto emitió Juan Jacobo Rousseau en su Emilio: "para clasificar ideas es preciso que las haya", "pretender arreglar el entendimiento de un niño es querer arreglar un cuarto vacío."

La colonia no se prestaba á más, tocante á enseñanza popular. Los efectos son conocidos.

Se ha continuado bajo la República un camino poco más ancho. Apenas si se ve una que otra innovación incipiente que tuerza el rumbo. La enseñanza popular de la colonia era, pues, rigurosamente científica.

El pueblo necesita canto, necesita pintura, necesita versos.

Esa frase: "enseñar á leer al pueblo" tiene una significación vasta.

Las letras nada son; lo importante es la idea. Poned en la mente del pueblo las ideas de los poetas; enseñadle á penetrar el sentido de la estrofa; enseñadle á percibir la armonía de la rima; enseñadle á estremecerse con el calor de la inspiración; enseñadle á sentir con el corazón de los grandes hombres; dedicad á esto gran parte de las horas de escuela, y le vereis, por una parte, dominar fácilmente vuestros textos de aritmética, de geometría, de gramática, y por otra parte, que las alas de su alma habrán experimentado el crecimiento de cien palmos.

La enseñanza superior, bajo la colonia, tenía una desventaja pero también una ventaja sobre la que imparte la República.

La desventaja era que empezaba por fatigar la inteligencia de un joven con siete ó más años de latín, imponiéndole la retención del mecanismo inextricable de una lengua muerta, lo que, como el aprendizaje de la gramática española, es un estudio de clasificación y enumeración, es decir, es un estudio puramente científico como el de toda

lengua: [1] que se llenaba la mente al discípulo con la dialéctica de Scott, de sutilezas y quimeras, de falsedades amontonadas, ni más ni menos que en la teoría darwinista, por una lógica convencional: que las ciencias de aplicación tenían un lugar exiguo: que los horizontes abiertos á la inteligencia eran muy estrechos.

La ventaja que los estudios superiores tenían sobre los de la República era que, cuando una buena inteligencia resistía la prueba de los siete años de latín y de la retención de los tópicos infinitos que constituían la vieja retórica, y de la dialéctica de Scott; cuando resistía á toda la acción esterilizadora de tanto ejercicio desproporcionado para su edad como era el aprendizaje de las lenguas muertas y el influjo de tanta vaciedad, como eran las sutilezas del pedantismo universitario, entonces, florecía por el solo influjo de la poesía, de las letras. ¿Qué poesía, qué letras, se nos preguntará, entraban en los estudios de la colonia? Expliquémonos.

Lo que interesaba á la vieja escuela era que el discípulo aprendiese latín para que pudiese leer á Santo Tomás; pero para conseguir aprender el latín se daba en un escollo, y este escollo salvaba á las buenas inteligencias. El escollo era Virgilio, era Horacio, era Cicerón, eran los clásicos, los autores selectos latinos, que era preciso traducir. La medianía pasaba sobre ellos siempre cegada por el pedantismo de las escuelas: su triunfo era retener los tópicos innumerables de los cuadernos de Fray Matías Córdova. Una buena inteligencia se asía á los clásicos, los comprendía, se apoderaba del espíritu histórico, filosófico, libertador de las letras, y esto era su salvación. Ha tenido la República, por ventura, hombres como los que nos dejó la colonia? ¿Quién ha sustituido á José Cecilio del Valle? Mostradlo. ¿Veamos el orador que ha igualado á José Francisco Barrundia? En el concurso de nuestros estadistas el sillón de don Mariano Galvez permanece vacío. Nuestras bibliotecas no pueden mostrar un documento político que tenga la altilocuencia del Manifiesto de David: obra de Morazán ó de Vigil, esa pluma se tajó durante la colonia. Pero si el Manifiesto no fuese de Morazán, sus Memorias le ponen á ese guerrero, entre los escritores muertos de más vigoroso estilo. ¿Qué fabulista ha eclipsado á García Goyena? El poema de Fray Matías Córdova, mejor poeta que retórico, se mantiene sin rival en su género nuevo, sin antecedentes, especial de *apólogo heroico*. La voz de Juan Diéguez da la nota de la dulzura suprema: ¿hay quien la haya igualado? El historiador por autonomasía, en Centro América; el juicioso, el prudente, el imparcial, el clásico historiador nuestro es Alejandro Marure: su estilo no tiene rival: su intención no ha sido repetida. Cualesquiera que hayan sido de aventuradas las hipótesis de Larreynaga, nuestros sabios no han hecho ni esto después de él. El salvadoreño José Batres Montúfar, es, según la frase de un crítico nicaraguense, don Ricardo Contreras, *el único nido de águila* que hay en Centro América.

Porqué vence la Colonia á la República con sólo la enumeración de los grandes hombres que nos dejó en herencia?

Porque enseñó á su juventud inteligente á leer á Virgilio. Por eso.

Un defecto había, sin embargo, en esta pequeña educación literaria que suministraba la Colonia, (sin proponérselo, como hemos dicho.) Y era que solo se estudiaban las le-

tras latinas. Producían un efecto espléndido; pero como en toda poesía-inmortal como poesía,—sucede que, por el medio social, político y filosófico, refleja las ideas de su época, el exclusivismo de una literatura dada, y para el caso, el de la latina, produce el mantenimiento de ideas anacrónicas, y, en el estilo, el amaneramiento que proviene de contrahacer en una lengua viva las construcciones, el tono, el ritmo, las inflexiones de una lengua muerta.

El problema es de resolución fácil. Empecemos por enseñar no una literatura antigua, sino las modernas. Goethe, Shiller, Lamartine, Victor Hugo, Castelar, Byron, Edmundo D'Amicis, salvarán las ideas de la época, y el estilo moderno; luego nos apoderaremos de las ideas y del gusto de las literaturas antiguas: su influjo no prevalecerá sino en proporción armónica.

Pero no anticipemos las proposiciones.

Toca á un insigne costarricense la gloria de haber hecho una revolución en la enseñanza, á fines del siglo pasado. Costa Rica progresa con rapidez, material y moralmente; no está lejos el día en que, cuando el viajero pregunte por los grandes hombres del país, el ciudadano le muestre con orgullo la estatua de GOICOECHEA, gloria de ese pueblecito de Ujarraz, su cuna. Fuese como Pestalozzi á los montañas, amante sincero y vigoroso de la natura, y descendía al poblado, donde recibía el saludo de los niños, como Horacio Mann, meditando el problema del crecimiento de aquella vegetación áspera de los pueblos de la colonia. Libró la batalla que libran todos los reformadores: filósofo eminente, su filosofía tenía la clave del corazón de los hombres, y aguardó tenaz, grandiosamente que sus contemporáneos reconociesen en él al pensador victorioso. El viejo Scott, el mismo Santo Tomás, sintieron cortado su influjo: la dialéctica, intrincada maleza del pensamiento, se vió desbastada por una lógica clara que caminaba rectamente como la luz.

Las necesidades de la época, la civilización exigían para el trabajo del hombre centroamericano las prácticas inteligentes de la ciencia: él tiró por ese rumbo. Los planes de enseñanza se ampliaron: las ciencias ocuparon el lugar que les era debido. Pero ¿se proponía acaso matar á las letras? ¿Querría formar rutinarios serviles, curanderos de costumbre, sin discernimiento esclarecido, zapateros de la justicia, peones para hacer memoriales, jornaleros para escribir sentencias? No cabe duda á este respecto. José Cecilio del Valle, colaborador de Goicoechea en obra tan magna, ilumina este punto de la reforma, en el famoso panegírico que hizo á la muerte del reformador. Asoman á la memoria todas las citas con que Valle nos ayudaría á desvanecer toda sospecha de que el restaurador de las ciencias, se haya propuesto dejar olvidadas las letras. Ninguno de sus actos ni de sus escritos permite creerlo: todo por el contrario milita en el sentido de que su predilección estaba por las letras en su plan de enseñanza.

Estaba convencido, dice Valle, (citamos de memoria) "de que las bellas letras son el único vehículo de la ilustración". Remitimos al lector para que aprecie este punto, al discurso de Valle, donde más largamente se contiene.

El efecto de la reacción no por eso falló esta vez. Se creyó práctico todo lo que produjera lucro inmediato. Cada vez se pronunciaron los planes de enseñanza en el sentido del espíritu puramente científico y si no fué así, no se supo, sin duda alguna, separar

lo que pertenece á la ciencia de lo que toca al arte.

Pronunciado el espíritu que animó desde entonces las reformas de enseñanza, en un sentido esencialmente práctico, cada paso tiró hacia el predominio científico, relegando á las letras á un orden de intereses muy inferior. Como hemos dicho, los reformadores no era de esta opinión, y no lo eran porque buscando ellos resultados prácticos, la exclusión de las letras era una tendencia la menos práctica imaginable. Era dejar al estudiante sin poder imaginativo, sin fuerza mental comprensiva, sin esta lógica, incapaces de desarrollar las ciencias, según la opinión de Cuvier, y que solo suministran las letras, de suyo ocupadas en resolver los más delicados y profundos problemas morales, y los igualmente difíciles del gusto. Las facultades del hombre se ayudan y completan mutuamente. Se tendió á cultivar uno de los hemisferios del mundo intelectual: se abandonó el otro á una vasta desolación. Era como si se diese la supremacía á un continente manufacturero, como la Australia, respecto de la Europa, glorificada por sus filósofos, publicistas y poetas, sin pensar que las colonias reciben sus energías de la influencia directa de las metrópolis. Las letras que han engendrado á las ciencias, que dominan desde las alturas del espíritu humano las operaciones de las facultades inferiores que se encargan de la lucubración científica, eran olvidadas por improductivas, como si porque no se ve de golpe el influjo del sol y del agua en la germinación, se hubiese llegado á creer que se podía prescindir de la luz y que era indiferente segar las fuentes, como que siempre se obtendría el logro de las sementeras. Las letras hubieran dado ideas al niño, llenado su espíritu de preceptos morales racionales, de ejemplos que hirieran su imaginación, de armonías que despertasen su gusto, afirmasen su temperamento, preparasen la formación del carácter, que es, según Kant, *una buena voluntad* constante: esto pareció inútil: se pretendió que penetrase las tres teorías de la cantidad; el concepto de número, (que de nosotros sabremos decir que siempre nos parecieron cosas impenetrables, en el colegio) se le obligó á ceñirse á manejar cifras mudas, abstractas, estériles, muy accesibles con la ayuda de un previo ejercicio mental de las ideas sensibles de la poesía, que la imaginación percibe sin esfuerzo, muy refractarias cuando, sin esta fuerza intelectual previa, la sensibilidad de un niño tiene que estrellarse contra la roca de abstracciones inanimadas como las de la Aritmética. No era otra cosa la gramática: obra de sabios escrita para niños, vocabulario inextricable de tecnicismos griegos y latinos, clasificaciones, enumeraciones, divisiones y subdivisiones convencionales y frías, ¿qué podían dejar en una inteligencia tierna? Y era imposible dejar de apelar á la memoria principalmente, para enseñar este librito pesado, porque no se habría acabado jamás de explicar las razones filosóficas que animan esa *historia natural* de la lengua, y, por otra parte, el niño no las habría entendido nunca. Permitásenos insistir sobre nuestros propios recuerdos de colegio. El texto era bueno pero incomprendible. Nuestra memoria flaca cuando la comprensión no la ayudaba. Nuestro instinto de repulsión, profundo hacia el texto, el profesor, el director y hasta el edificio. Llegados los exámenes se preguntaba el texto línea por línea á la clase entera. Obtuvo el primer premio un mozo de gran complexión que se sabía el texto de memoria. Hablaba de *tronco etnográfico*, recitaba *cuadros sinópticos*, hilaba conjugaciones de verbos inauditos,

[1] Téngase presente que entre nosotros se echa á la parte literaria el estudio de las lenguas, como el inglés y el francés, perteneciendo legítimamente á la científica.

truncos, disformes, algunos de los cuales constaban de una sola inflexión, de un tiempo recóndito. La idea de nuestra ineptitud era desoladora, ante ese joven que el último día de exámenes se iba á su casa con una pila de libros dorados, rojos, cerrados con broche de níquel, abrazados dificultosamente por el vencedor. Hoy nos felicitamos de haber escapado á esos estímulos á que sin embargo no éramos insensibles. Nos vengamos de nuestra ineptitud viendo las ilustraciones de ciertos grandes periódicos que había en casa: hincamos el diente á una novela... y, esto nos salvó. Cuando hubimos leído diez ó doce novelas sabíamos más lenguaje, más vocabulario, más ortografía que el astro de primera magnitud de la clase.

El tenía por ocupación baladí leer esos librejos: sus deberes no le permitían leer novelas: apagaba su vela á la una de la mañana: retenía en la memoria todas sus lecciones y al día siguiente merecía el elogio del profesor: no podía escribir una carta. Hoy después no es nada. Uno que otro de todo el establecimiento ha gozado de cierta reputación como regular abogado ó médico. Estas fueron las inteligencias que aquel atroz sistema no logró sofocar. Pero se necesita un sistema que desarrolle, multiplicándolas, las aptitudes del estudiante. Lo que se dice del estudio de la gramática puede decirse de las otras materias de la enseñanza preparatoria. [1]

Nada de ideas universales, nada de estas nociones morales que como impresionan más la imaginación es, si por la forma, por medio del verso, si por el fondo, por medio de la imagen, si por lo serio, por medio de la poesía. El criterio estrecho, la sensibilidad ruda, las pasiones sin desbatar, la comprensión limitadísima, el gusto apagado, el oído serdo, el entusiasmo muerto, en tal estado, según el espíritu puramente científico, entregaron á los discípulos en manos del profesor de filosofía. Nosotros cometimos ese pecado. Fuimos, de trece años de edad, á poner manos en asuntos como la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. Oímos hablar de la *razón pura*, del *criterio*, de las *categorías*, del *noumenos*, y de otras santas reliquias del santuario temeroso de la metafísica, impresionados profanamente por las inclinaciones que traíamos de la vía pública. Anita, la vendedora de caramelos, estaba allí, en el portal, con su banasta, que gemía bajo una pirámide de especies llenas de atractivo y singular interés.

Oh! el profesor no se las tenía fuertes respecto de las materias que se trataban.—Educado como estábamos nosotros en camino de serlo, de dónde iba á poseer este sexto sentido, ese tacto invisible con que se tocan las articulaciones, la forma invisible, el organismo, la trama, la máquina impalpable de esas cosas sobrenaturales que flotan, se vinculan y se ramifican en las sombras, que llamamos ideas, y que se perciben en fuerza de una sensibilidad poderosa, de una imaginación que se apodera de los espacios en proporción de la envergadura de sus alas y se interna en los océanos desconocidos por razón de que posee una vela en que soplan, dándole un vaivén temeroso, los vientos que soplan en la noche de la eternidad. Estas alas, el espíritu exclusivamente científico se las había dejado á mi profesor en estado rudimentario: daba saltitos como ave de corral, como un ganso. Esta vela, recogida, hecha un lío, pesada, era más bien un lastre, no

una comba voladora, en la mísera nave. Si de esta filosofía formal, ó pura, pasamos á la trascendental, á la filosofía que anima cada uno de los sistemas de cada ciencia ¿cuál sería el discernimiento, la lógica, el criterio con que nuestro profesor se internaría en esos laberintos? En la filosofía pura, se estaba viendo, á cada paso daba en tierra: no importa: sus silogismos le perjudicaban sólo á él. Pero los silogismos que formulaba á la cabecera de los enfermos, los que formularía si tuviese que dar leyes á un pueblo desde los bancos del senado, si caminaban engrillados como en la cátedra, dando de bruces en tierra, ¡ay de aquel enfermo, y, ay de aquel país! De aquí la desgracia de que nuestras ciencias no tengan gloria y de que nos atenemos á cómo se interpretan los libros franceses. Pase. Mas en punto á nuestras instituciones, en punto á la cuestión de nuestras tiranías, de esta libertad que nunca llega para nuestros países, la culpabilidad que le resulta á la clase dirigente, á la clase ilustrada, es de una gravedad enorme.

Los principios utilitaristas tienen en esta materia, como en todo, una comprobación alarmante. Se buscó, obedeciendo á un grosero espíritu de práctica, el fruto inmediato de los estudios. Ser médico, abogado ó ingeniero para ganar dinero, tal era el fin. Las letras, la filosofía, la sensibilidad no daban dinero: era bueno excluirlas: instintivamente se tendió á esta eliminación. Pero resultó que no se curaba, abogaba ni medía bien.—En ese hombre de ciencia, sin educación literaria, faltaba lo esencial, el alma de la instrucción que vienen á formar las letras. Se llegó á comprobar esto: que no se receta bien cuando no se entienden los versos. En esto como en política, nuestros países no perciben relaciones muy íntimas. ¡Id y decid á un zapatero que para hacer buenos zapatos y buen dinero es necesario que vote y que vote bien, y que el buen sufragio hará la buena puntada. No os entenderá: los impuestos, la instrucción y progreso de las artes, la supresión de derechos, la docilidad de los aduaneros, el vasto movimiento progresivo que trae consigo un buen gobierno, la amplitud que da al corazón y al cerebro el respirar el aire de la libertad, este mundo de cosas que encadena el buen sufragio á la buena puntada, constituye una espiral de ideas y una sucesión de causas y efectos que el zapatero no logra concebir inclinado sobre la horma. Decimos el zapatero nuestro, que como el agricultor, el comerciante, el abogado, el médico, creen haber dado con una lata de sabiduría condensada al poseer la frase estúpida:—Yo no me meto en política. Amor de patria, honorabilidad, carácter, progreso, todo, allá se va.

Todos sabemos que el zapatero yankee, el zapatero suizo, si votan, y bien.

El hombre de ciencia, volviendo á nuestro asunto, está en el caso del zapatero: qué relación puede haber entre recetar bien y entender los versos de Víctor Hugo? Pues el que entiende á Víctor Hugo tiene una buena inteligencia y el que tiene una buena inteligencia receta, si lo ha aprendido á hacer, mejor que aquel que tiene una inteligencia mala. Pero, esta inteligencia buena ¿puede adquirirse? Sin duda alguna. Después de leer y comprender á Víctor Hugo un hombre se siente triple. Miguel Angel decía que después de leer á Homero sentía que su estatura había crecido diez codos. Alejandro Magno, á nuestro entender, era un hombre bien bravo. Así y todo, la *Iliada* y la *espada* estaban siempre bajo su cabezal. En ese libro hallaba la inspiración, es decir, el secreto de la victoria. Cada idea que tomamos de un

grande hombre, es un ojo más que se abre en nuestra inteligencia. Nada más profundo y colosal en las metáforas hebreas, que estos carros divinos, vistos por poetas como Ezequiel y San Juan; cuyas ruedas estaban formadas de ojos.

La imagen de las alas y de los ojos que se multiplican es de la predilección de ese pueblo sencillamente sublime, en que nace el cristianismo y cuyo espíritu ha influido y trabajado más en la formación de toda la actual humanidad, que los romanos y los griegos, mencionados á cada paso.

Las alas y los ojos que se multiplican son el poder intelectual que se agiganta al contacto de ese soplo sobrenatural que se llama POESÍA. He ahí el vasto poder de la estrofa escrita. Ezequiel para simbolizar el acto en que se apodera de él la inspiración habla de un ser que le presenta un rollo y le dice: cómetelo. Víctor Hugo no vacila en imitarlo. Dice que se llegó á París y le dijo: Cómete ese libro (los *Miserables*) y tus alas crecerán un palmo.

En filosofía es lo más obvio de probar que las facultades que engendran ó reciben la concepción artística están sobre las que engendran la concepción científica. En efecto las nociones indemostrables y por tanto indiscutibles, como la del yo, la inmortalidad y el infinito, que constituyen los vastos é inagotables elementos de la razón pura, están en el hombre sin haber recibido su idea del mundo externo. ¿Cómo ver el infinito? ¿cómo ver el yo? Ellos existen, sin embargo, y aquí la duda no puede hincar su diente. Para que el hombre examinase la naturaleza de estas dos realidades, *su yo y el infinito*, sería preciso, en el primer caso, que fuese superior á sí mismo, lo que es absurdo, y en el segundo, que fuese Dios, lo que no ha faltado quien opine.

Las ideas madres están en lo íntimo de su naturaleza y son tan evidentes como indemostrables: el infinito, el yo, ¿cómo escapar á la evidencia de estas realidades, que sin embargo nadie ha visto? Duda si podeis, después de pensar en esto, de que existe el espíritu. Estas facultades son las que tienen en sí *la virtud poética*: la poesía nace de la evidencia, de la verdad indiscutible é indudable. La ciencia no. Vedlo.

Entre vuestro yo y el conocimiento de su existencia la distancia es nula. Decir yo pienso luego existo equivale á decir: soy: ninguna discusión cabe en eso. Pero la noción del mundo externo es más controvertible.—Vuestros sentidos, que os dan la noción de lo externo, son relativos. Lo que llamais materia es más desconocido para vosotros que vuestro ser, empezando porque no conoceis ninguna de sus cualidades absolutas, y de vuestro ser conoceis una: su existencia. Lo mismo decimos exactamente del infinito. De aquí esta gran diferencia: la ciencia, que trata de definir el mundo externo, usa de criterio debil, y sus sistemas se derrumban á cada paso. Y á todo lo que haga la ciencia puede mezclar la poesía su soplo inmortal proveniente de lo que hay en el hombre de evidente, y al mismo tiempo permanecer aislada, inmortal. Los libros de Empedocles, puros sistemas, han muerto. *La naturaleza de las cosas*, de Lucrecio, que explica el mismo sistema, pero que es un poema, será leído siempre. Qué vive en él? El sistema, que nos parece que explica el mundo un poco disparatadamente? No. Lo que vive es el éxtasis de Lucrecio que nos comunica su arrobamiento, sondeando más por la sensibilidad que por la razón, los designios de la sabiduría suma; es decir, lo que vive es lo que hay de verdad eterna en el hombre, la poesía. Por

[1] Se ha incluido la gramática erradamente, entre los materias que componen el bagaje literario de la actual enseñanza. No es difícil probar que el estudio de la gramática obedece á un espíritu puramente científico.

eso la palabra poética generaliza, se convier-
te en axioma, se hace imperecedera.

* * *

Claro es que si la clase dirigente hubie-
ra tenido educación literaria, por lo menos
tanta como científica, su dirección sobre los
pueblos hubiera sido otra. La teoría social
dominante y práctica ha sido:—no meterse
en política ó meterse, como se tiran los da-
dos, para tentar la suerte. Quiere decir que
estas sociedades han sido movidas por vien-
tos locos, por fuerzas ciegas, por la casuali-
dad. La misma naturaleza no está tan po-
bre de leyes como estos jarales bravios de
nuestras sociedades, estas selvas de espíritus
ciegos. La ciencia obedece á un principio
utilitario: el patriotismo es *inútil*.

Oh! es muy grande sujetar el rayo y el
vapor, horadar los montes, avvicinarse á las
nubes, vencer las olas y domar el hierro,
pero todo ello junto, es nada comparado con
un sentimiento, una idea que aumente el po-
der del alma del hombre, ¿porqué hemos de
dar más importancia al abono que á la flor?
El medio siempre estará sometido al fin.—
Los progresos materiales nada son ante el
pragreso moral; y todas las líneas férreas son
nada comparadas con el espíritu humano.

Se ha pensado al revés: los padres han
educado á los hijos en la escuela de un inter-
és sórdido. Los intereses de la patria, el
cultivo de los grandes ideales, esas no han si-
do cosas que interesen á nuestro espíritu de
adelanto. Nada de meterse en política, es el
consejo más sano que da el padre á su primo-
génito. Quiere decir: sé lo más mal ciuda-
dano que te sea posible. Estos pueblos sen-
sibles y amantes de la civilización tienen en-
tre sus grandes máximas económicas, esta:
con la poesía no se come.

Respondemos: la poesía forma los bu-
enos ciudadanos, los sabios eminentes, los
grandes legisladores y los grandes patriotas,
desde Moisés, que era poeta, hasta Bolívar,
que era poeta. Los buenos ciudadanos ha-
cen las naciones afortunadas; y ahora deje-
mos á cargo de nuestros utilitaristas que sa-
quen la última conclusión: en los países afor-
tunados se come bien.

Toda noción de sacrificio, de abnegación,
de interés por todos, de desprendimiento,
muere donde el verso suena y el hombre, sor-
do, no lo oye.

Hombres dominados de espíritu cientí-
fico han sido todos los que han formado en
esas asambleas, cada una de las cuales, du-
rante un siglo, es una vergüenza, y cada uno
de sus actos, una ruina para nuestros pue-
blos. Una plebe despreciada, que sin em-
bargo forma los ejércitos; ejércitos infama-
dos, que sin embargo, dicen la última pala-
bra en la resolución de nuestros más arduos
problemas. Esbirros que dan la ley, solda-
do despreciable de ayer que ahora tiene á sus
pies á toda esa nobleza de mercaderes ó de
título, que merece su humillación en premio
de su egoísmo execrable. Con la poesía no
se come! Id. Leed á un poeta que después
sereis otros hombres: formad á vuestra ju-
ventud al compás triunfal de esa música in-
mortal en que va envuelto el soplo descono-
cido que impele á la humanidad hacia el de-
sideratum de todos los problemas de que pen-
de la libertad humana, y no tendreis hom-
bres sin entusiasmos que salvan, académicos
fríos, malos ciudadanos, burocracia estúpida,
tiranos salidos del cuartel, legislaciones in-
congruentes, ciencia débil, criterio reducido,
alma dormida, ineptitud en todas las filas.

El mundo moderno camina movido por
ese resorte ideal que se llama la prensa. Pues

bien, con la poesía no se come: los hombres
de letras nada producen. El primer aventu-
rero que llega, pues, gárrulo emborrador,
vacío de ideas, de convicciones, estúpido de
estilo, pero de una rapacidad insaciable, ese,
es el encargado de predicaros diariamente, de
educar á toda una generación con sofismas
descarados y disparates en que la sandez es
menos que la maldad. Ellos también son
utilitaristas: son prácticos y realistas, y de
buena gana se comprometen á corromper á
un pueblo entero. Nuestras eminencias cien-
tíficas no serían capaces de incurrir en la in-
formalidad de ocuparse en letras. Es que
tampoco pueden. He allí, pues, á la prensa
en manos del primer aventurero que sabe re-
dactar una bajeza.

* * *

Los que siempre teneis la vista fija en
Europa para seguir sus pasos, pensad en es-
to: allí se da á la enseñanza literaria toda su
amplitud: el curso literario dura siete años
en Alemania: Italia tiene una cátedra espe-
cial para el Dante, Inglaterra para Shakes-
peare. Además de esto hay diez, veinte tea-
tros abiertos á diario, exposiciones, museos á
que comparecen cinco mil cuadros ó estatuas
anualmente; una prensa vigorosa, una tradi-
ción literaria incontrastable. Los cancioneros
populares componen romances por milla-
res, los músicos canciones en igual número,
cada año. Medid la intension de esa propa-
ganda ¿quién valuará la fuerza de ese huracán
del espíritu? Los pueblos europeos son
inteligentes por el arte. El espíritu cientí-
fico sufre un contrarresto poderoso y bajo es-
tas condiciones la ciencia es una cosa muy
grande y respetable.

Pensad en lo que pasa entre nosotros.(1)

* * *

Para terminar, se nos ha dicho que si
toda nuestra idea se reduce á restablecer el
estudio de los clásicos, la reforma no es re-
forma sino restablecer parte de los antiguos
planes de instrucción. La denominación *clá-
sicos*, bien se ve, obedece á un sistema. Se
entiende por clásicos á los antiguos. No: no es
eso de lo que se trata. ¿Porqué habíamos
de dar la preferencia á una literatura anti-
gua? ¿Y porqué habíamos de empezar por
una literatura antigua cuando es lo más ló-
gico empezar por la moderna? Y porqué es-
tudar los autores de una nacionalidad espe-
cialmente? ¿No tiene que obedecer la orga-
nización de un curso á la diversidad de mi-
ras; á la complexión enciclopédica de nues-
tro siglo, á las miras cosmopolitas de nues-
tra democracia? Esta diversidad debía ca-
ber en los límites de la unidad que impone

[1] Parece que debía probarse en este artí-
culo que lo que se ha hecho entrar como elemento litera-
rio en los cuadros de enseñanza, no es efectivamente nada
que deba tomarse en cuenta. Hemos probado que el es-
tudio de la gramática obedece á un espíritu esencialmente
científico y que la imaginación no tiene qué ver con un
procedimiento de análisis como el de la botánica. Lo mis-
mo diríamos del estudio del francés y el inglés. Queda
únicamente de pie la retórica. Pero es manifiesto el mal
resultado de su estudio. Un cuerpo de reglas y teorías
convencionales, que nunca se aplican, equivale al estudio
de la física ó la química sin aparatos ni laboratorio, con
la diferencia de que una buena memoria puede retener
descripciones y concebir mecanismos: la enseñanza siem-
pre será disforme: pero en literatura, todas las reglas y
teorías del mundo jamás lograrían dejar en el discípulo un
átomo de *gusto*. De las letras se ha aceptado, pues, lo más
convencional, esto es, lo más científico: los sistemas. So-
bre el estudio de la retórica hemos escrito con más am-
plitud en el número II, tomo I del Repertorio Salvadoreño,
en un artículo que se titula *Influencia de la literatura
en las carreras profesionales*. Los frutos que se obtienen
son desilusionar al estudiante de sus propias aptitudes;
hemos podido experimentarlo primero como alumno y des-
pués como profesor. Cualquier trozo escogido de poesía,
explicado en la cátedra, vale más que un conjunto de teo-
rías aisladas.

todo plan de estudios, al tiempo y materias
elegidas. Pero aunque tenemos hechos al-
gunos estudios respecto á cómo entendemos
la organización de un curso, el exponerla no
entra en el plan ni en las proporciones de es-
te escrito.

Que él produzca sus frutos como ha si-
do trabajado con buena voluntad.

FRANCISCO GAVIDIA.

San José—C. R.—1890.

POR CULPA DE UN CAJISTA.

(Escrito en 1885.)

* * *

No es menester decir que Clara era
muy bonita, porque gustándome á
mí, dicho se está; y no atribuyas, lector ami-
go, á presunción lo que acabo de afirmar,
pues como naturaleza ha repartido sus dones
sin excepción de clase ni persona, á mí me con-
cedió quizá como única gracia lo que un retórico
llamaría *un gusto estético desarrollado en grado su-
perlativo*, un talento ó instinto especial para dis-
tinguir de una ojeada la belleza de la fealdad,
una alma de artista en una palabra. No to-
dos los mortales gozan de igual privilegio:
hombre he conocido yo, que después de defen-
der á capa y espada que una dama necia y
contrahecha á quien servía era la criatura
más hermosa de la tierra, concluyó por ca-
sarse con ella y á la hora de ahora persiste
aún en su alucinamiento. Yo á lo menos no
corro ese peligro: si algún día caigo en la ten-
tación de *ohorcarme*, como dicen nuestros pai-
sanos, lo haré con fina cuerda de seda, no con
tosco dogal de esparto. Del mal el menos.

Pero hablábamos.....¿de qué estába-
mos hablando?

¡Ah sí, ya me acuerdo: decía que Clara
era muy bonita, cosa en verdad nada menos,
puesto que lo mismo repetía yo entonces á
los amigos que tenían la desgracia de encon-
trarse conmigo. Porque positivamente es
una desgracia topar con un enamorado, máxi-
me si es amigo, que entonces no queda otro
recurso sino revestirse de jobina paciencia y
escuchar el panegírico de la novia y la histo-
ria circunstanciada de los amores.

Yo estaba enamorado de Clara, no así
como quiera, sino de un modo alarmante: mi
amor era borrachera, desvarío, frenesí; tenía
celos de todo el mundo: un día estuve á pun-
to de torcerle el pescuezo á un petimetre, por
cuanto tuvo la inconcebible osadía de saludar-
la con una sonrisa. La amabilidad con que
ella correspondía á las frases galantes en bai-
les y tertulias, las miradas que repartía entre
sus amigos, eran otras tantas saetas que iban
á clavarseme en el corazón produciéndome de
vez en cuando espantosas tormentas.

Sin embargo, Clara me quería de veras:
también ella era celosa, y no pocas veces re-
ñimos porque se le metía entre ceja y ceja que
yo cortejaba á otras muchachas.

No quiero cansar á los lectores con la
relación minuciosa de nuestros disgustos *do-
mésticos*, de nuestras entrevistas ni de ese con-
junto de pequeñeces que constituyen el poe-
ma de dos almas unidas por el amor; básteles
saber que poco á poco me encariné de tal mo-

do que resolví hacer la barbaridad de casarme; sí, señores; de casarme!

Clara aceptó gustosa después de consultado el parecer de la familia, y la boda quedó aplazada para un año adelante.

Así las cosas, en cierta ocasión me vi precisado á ausentarme de San José por quince ó veinte días, y pensando darle una agradable sorpresa á mi prometida, dejé unos versos á un amigo mío con encargo de publicarlos después de mi partida y de remitir á mis futuros suegros y á ella unos cuantos ejemplares del periódico. Era el tal un poeta, y quien dice poeta dice distracción personificada. Como si me diese el corazón lo que iba á suceder, le recomendé ahincadamente la corrección de la poesía, pues (pena me dá el decirlo) las erratas de imprenta son entre nosotros más abundantes que los pedigüños y los cajistas más descuidados que los caminos públicos. Así me lo prometió el bienaventurado hijo de Apolo, y yo partí, aunque lleno de tristeza, consolado en parte con pensar en el alegrón de Clara al ver su nombre en letra de molde y oírse celebrar en versos que, á mi juicio, eran los menos malos salidos de mi pluma.

Los días que estuve separado de mi ídolo me parecieron largos siglos de tormento; cuando al cabo de dos semanas regresé á la capital como el viajero sediento que llega al oasis deseado, corrí á casa á cambiar de traje para ir á ver á Clara. A la puerta de mi habitación encontré á un criado que me entregó dos cartas llegadas durante mi ausencia: una era de Clara, la otra letra me era desconocida. Abrí temblando la primera, y figúrese el lector mi estupefacción, mi pasmo y mi dolor al leer lo siguiente:

“Señor: si todavía conserva usted algo de caballero, sírvase devolverme algunos objetos de mi pertenencia que usted tiene, haciéndome el honor de no acordarse más de su atenta servidora.—Clara.”

La otra carta menos lacónica era del padre de Clara y se reducía á manifestarme que en vista de mi indigna conducta no había ya nada de lo pactado.

¡Indigna conducta! ¿á qué podría referirse el buen señor?

Lleno de desesperación me disponía á ir á pedir explicaciones á mi presunto suegro, cuando el criado me advirtió que sobre la mesa estaban los periódicos de la última quincena. Esta indicación fué un rayo de luz en medio de aquel mar de confusiones.

¡Mis versos! ¿Serían ellos los causantes de la catástrofe? Seguro estaba de no haber cometido en ellos ninguna inconveniencia; pero quizás alguna frasecilla equívoca, algún comentario malévolos de un periodista.....

Asaltado de esta idea ojeé febrilmente las publicaciones esparcidas en la mesa, y por fin hallé en una mis versos, digo mal, unos versos que ostentaban por mote “A Clara” y que llevaban al pie mi firma; pero no eran mis versos, no, sino una parodia inícuo, un sarcasmo, un crimen infame. El cajista había trocado todos los frenos destrozando el original de un modo tan original, que no po-

día achacarse sino á perversidad del maldito discípulo de Guttemberg.

Hago gracia de la composición á los lectores, pero no puedo menos de trasladar aquí varias de las diabluras con que el impresor desfiguró mi desventurada poesía.

Decía yo á la señora de mis pensamientos:

Como una abeja en la flor
busca la grata ambrosía,
busca paz el alma mía
en el seno de tu amor;

Y el bárbaro asesino de composiciones había puesto:

Come una bieja en la flor
busca la gata Ambrosía,
busca pan el alma mía
en el cieno de tu amor.

Pero esto era tortas y pan pintado en comparación de lo que sigue:

Tú no me amas; bien, José!
como tu amo, Clara, soy;
mas no importa, porque yo
mi pasión te infundiré

¡Quién habría de reconocer en esta sarta de desatinos mis infelices versos que decían:

Tú no me amas ¡bien lo sé!
como te amo, Clara, yo;
mas no importa, porque yo
mi pasión te infundiré.

Las demás redondillas eran un tejido inconexo de despropósitos mezclados con groseros insultos; por ejemplo, un verso inofensivo: *Hasta tu padre ha llevado*, aparecía con una *h* de menos y una *s* de más, con lo cual se convertía en la frase pen sonante que puede herir los tímpanos de un hombre quisquilloso.

No tuve valor para apurar el cáliz hasta las heces y salí desalado á la calle, resuelto á hacer un escarmiento en mi amigo el poeta y en el cajista, autores de aquella barrabasada; pero el primero había creído prudente escurrir el bulto y se hallaba á la sazón en el campo; y el segundo no pareció, pues ninguno de los impresores recordaba haber *levantado* semejante composición. “—Nosotros, me dijo friamente el Jefe del establecimiento, no somos responsables de las erratas: si usted quiere que sus composiciones salgan bien, corrija las pruebas.” Tuve tentaciones de dar una sofrenada á aquel grosero; pero comprendiendo que, en rigor no carecía de razón, reprimí la cólera y volví á casa, donde pocos minutos después endilgaba á Clara la siguiente epístola:

“Señorita: El descuido de un cajista y la poca memoria de un amigo han sido la causa involuntaria de nuestro rompimiento. No doy excusas ni busco aveniencias; sólo quiero por medio de la presente darle las gracias por sus bondades y hacerle la misma súplica que usted me hace en su carta.”

Y así sucedió: rompimos para siempre. Por muchos días estuve desesperado é inconsolable; pero cuando la reflexión se abrió campo en mi espíritu y medité friamente sobre el asunto, pensé que acaso aquel matrimonio en cierne sería para mí una fuente de desventuras, y en tal caso el cajista era acreedor á mi gratitud por haberme salvado á tiempo de un mal irremediable.

Aun hoy día, cuando recuerdo mis amores con Clara y el cómico fin que tuvieron, me hallo perplejo ante estas cuestiones: ¿Aquel enlace era para mí feliz ó funesto? ¿me privaste tú, endemoniado cajista, de las delicias del paraíso ó me libraste de los tormentos del infierno? ¿debo bendecirte ó maldecirte, incansable removedor de tipos?

C. GAGINI.

EL SALMO DE PRFFO.

AL Dr. NICANOR BOLET PERAZA.

SALVE creador divino de la rima!

Que en otro tiempo, al rústico concierto solitario
Que la naturaleza exhalaba á los vientos,
Uniste la inaudita armonía de tus cantos.

Erraba el hombre por la selva umbría,
Disputaba á los brutos el abrigo del antro;
Preza de la materia de las cosas,
Su espíritu, de su áspera ferocidad esclavo,
Cual la chispa en el seno de la piedra,
Se sentía dormido en los espacios,
Prisionero y oyendo de la fúnebre
Eternidad el paso.
Entonces el preludio de tu sagrada lira
Flotó del mundo antiguo sobre del horror vasto,
Meció las pajas secas de los prados estériles,
Movi6 los arenales silenciosos del páramo,
Vagó con los perfumes de las flores agrestes,
Se internó por las sombras del bosque milenario;
La virtud de sus músicas le crispó los cabellos,
—En la caverna, al eco de tu voz resonando,—
Al hombre, rey antiguo de las selvas bravías,
Que se sintió á tu acento como herido del rayo.

Por la primera vez sobre el murmullo
Que levantan los vientos en la copa del árbol;
Por la primera vez sobre el ruido
Del cristalino arroyo y el torrente lejano;
Por la primera vez sobre el estruendo
Con que asordan las playas las olas del oceano;
Por la primera vez sobre del trueno;
Por la primera vez sobre del canto,
Del arrullo y la queja, del trino y los arpegios
De los pequeños pájaros;
Sobre del himno sordo, rudo é inmensurable
De la creación toda,
Sonó algo nuevo, un fiat lux:
La nota.

La virtud de tus músicas le crispó los cabellos,
—En la caverna, al eco de tu voz resonando,—
Al hombre, rey antiguo de las selvas bravías,
Por la armonía errante derribado,
Como, andando los siglos,
Camino de Damasco,
Desgarrada una nube
Por vívido relámpago.
La luz divina de la Buena Nueva
Bajó de las alturas y arrojó al polvo á Saulo.

Entonces fué cuando las rocas, súbito,
Y el silencioso árbol,
Y los brutos del bosque,
Fueron tras de los hombres y ellos tras de tu paso.

Fué cuando tu, poeta,
Al mandato divino de tus cantos,
Hiciste que las piedras se formasen en muro
Y que los hombres dentro se tendiesen los brazos.

Tras seis mil años, ora, Poeta, dí á los pueblos
El ministerio cíclico del bardo,
El vencedor aliento de la rima,
La centella que esconden las ráfagas del canto:
Laborador sombrío el egoísmo,

Artífice enlutado,
Ha alzado muros entre pecho y pecho,
Entre hermano y hermano.

Dí poeta, á los pueblos, para que la alegría
Vuelva al pecho del hombre desgraciado,
Cómo, la lira que hizo
Las peñas de los montes ir en pos de tu paso
Y edificar el muro para unir á los hombres,
Hoy día, á tu mandato,
Puede, los negros muros que separan las almas,
Derribarlos.

F. GAVIDIA.

El Viaje de William Willoughby.

Novela escrita en francés por el Dr. Gustavo Michaud, y traducida para "Costa Rica Ilustrada" por C. Gagini.

I

WILLIAM WILLOUGHBY.

EN la ciudad de Quietown, estado de Tennessee, no tiene la gente mucha afición á la vida agitada, y William Willoughby era ciertamente el más sedentario de todos los habitantes de Quietown. A los veintiocho años de edad no se había alejado más que una sola vez de la casa paterna: un asunto de familia le había llevado á Memphis, y William Willoughby recordaba todavía con amargura las perturbaciones que en sus costumbres causó aquel acontecimiento. Nosotros creemos que ese horror al desalojamiento era hereditario en la familia. El difunto M. Willoughby, su padre, tenía también fama de hombre ávido de reposo y tranquilidad. Al morir había dirigido á su hijo estas palabras notables: "Will, hijo mío, si quieres llegar á ser feliz, no imites á nuestros vecinos los Yankees; vive calmamente; evita sobre todo la política y las especulaciones sobre los granos ó el puerco salado." William Willoughby siguió tanto más voluntariamente el consejo paternal, cuanto que su espíritu, indolente por naturaleza, repugnaba cualquier esfuerzo prolongado.

Durante su infancia no habían perdonado medio alguno de instruirle. Un pastor protestante de la vecindad se encargó de enseñarle el griego y el latín. La tarea era ardua. El maestro malgastó en ella su latín sin que el discípulo aprendiese el griego (1). Un matemático no fué más afortunado. Si el muchacho consentía en creer bajo palabra los axiomas, jamás fué posible resolverle á seguir una demostración, pues la utilidad de semejante gimnástica no tenía para él indicio alguno de evidencia. M. Willoughby conservó desde estas lecciones profunda aversión á las ciencias, y continuamente se asombraba de que hubiese hombres que se juzgan dichosos consagrándose á su estudio.

Esto no impedía, sin embargo, que tuviera en muy alta estima á los sabios. Los admiraba sin comprenderlos, los examinaba con curiosidad y aun solicitaba su compañía,

(1) En el original francés hay aquí un juego de palabras que no puede traducirse exactamente. *Perdre son latin* significa cansarse en vano, perder el tiempo.

EL TRADUCTOR.

esperando pobremente adquirir algo de su temperamento.

Aunque tenía ojeriza á los libros científicos, leía los otros.

Virgilio, entre los antiguos, y Longfellow, entre los modernos, eran sus autores predilectos.

Algunos de los ratos que le dejaba libres el sueño, los dedicaba al cultivo de legumbres escogidas. Por medio de una selección inteligente nuestro amigo había obtenido una variedad nueva de avichuelas blancas sin película, que bautizó con el nombre de "Gloria de Quietown." Lo interesante de esta variedad era un tinte verdoso semejante al de la habichuela de Lima. Sabios tales como Lindley, Brown ó Bentham deben su inmortalidad á eruditas monografías ó ingeniosas clasificaciones; M. Willoughby no soñaba ciertamente con hacerse inmortal, pero estaba orgulloso de su avichuela, y quizá pensaba á veces que el descubrimiento de alguna legumbre sana y nutritiva interesa más directamente á la humanidad que la flora indigesta de Brown ó la clasificación de Lindley.

Nell, su hermana mayor, había casado con un comerciante rico, Mr. Cripps, y era madre de lindas chicuelas de siete y diez años respectivamente.

M. Willoughby adoraba á sus sobrinas. El era quien las llevaba á paseo, quien las servía de compañero en sus juegos, y también el que las había iniciado en los misterios del alfabeto. M. Willoughby gustaba así de todos los placeres de la paternidad sin participar de los inconvenientes. A veces, es verdad, pensaba que él también hubiera podido formar una cepa de pequeños Willoughbys. Entonces suspiraba. Y no era que experimentara aversión hacia el matrimonio; sino que siempre que se le había presentado la oportunidad de dar un paso decisivo, se decía: "mañana lo pensaremos," y como todos los días se hacía igual razonamiento, M. Willoughby había permanecido célibe. Después de todo, entre sus afectos y sus autores favoritos, huyendo de toda ocupación ingrata, ignorando la fatiga y los cuidados, exento de deseos y por consiguiente de decepciones, más inclinado á Celso que á Zenón, M. Willoughby, con sus quince mil *dollars* de renta, era un hombre feliz.

(Continuará).

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

Capítulo XII.

Reconciliación.

(Continúa)

JULIO ROSALES encontró á Elena sola, con una chiquitilla de cinco años que la acompañaba, y sin perder tiempo en rodeos, atacó directamente la plaza.

—Elenita, no es posible que las cosas continúen como están entre Ud. y Roberto.

Ignoro lo que haya pasado entre Udes., pero supongo que el persistente empeño de Ud. en alejar á Delgado y martirizarlo, tiene una causa que no se negará á indicarme si puedo esperar de mi mejor amiga esta explicación.

—Está Ud. en un error, Julio. Nada ha ocurrido entre Roberto y una persona que, como yo, no tiene derechos ni deberes que reclamar de él. Delgado es hoy lo que ha sido siempre para mí: un amigo. No soy tan pretenciosa para considerar sus obsequios como emanaciones del corazón, sino como efectivamente lo son: pasatiempos que Udes., jóvenes á la moda, se creen permitidos con las jóvenes con quienes tienen relaciones.

Querida Elena, permítame que le recuerde que soy, si no el único, el más sincero de sus amigos. Trátame, pues, como tal y no con la ligereza que se acostumbra con los simples conocidos. Ud. no piensa como habla. Un profundo despecho le dicta sus expresiones. Ud. se cree ofendida por Roberto y su natural orgullo no le permite decir la verdad. Ábrame su corazón, seguro estoy de que aquí no hay más que un malentendido, una equivocación ó una calumnia. Vamos, Elenita, ya la escucho; pero vea de no ocultarme cosa alguna.

—¿Por qué ocultar á Ud. lo que sabe mejor que yo? Es cierto, Julio. Amo á Roberto. El parece, ó parecía adorarme; y sin embargo.....

—Sin embargo qué? No se detenga en tan buen camino. ¿Qué sucede?

—Roberto ha dicho en alguna parte que se quedará soltero sino logra casarse con Delina Rosales.....

—Ja, ja, ja, ¡que dislate! eso no tiene sentido común. ¿de dónde ha sacado Ud. tal absurdo, Elenita?

—Andrés Cordón.....

—No me diga una palabra más; parece que Ud. no conociera á ese infeliz. ¡Oh amor, amor, como haces verosímil lo imposible, y transformas la luz en tinieblas. ¡La mujer más racional, la más juiciosa; en una palabra, Ud., Elena, la más inteligente criatura que conozco, no es, apesar de eso, más que una mujer celosa, que da crédito á las sandeces de Andrés Cordón!! Vamos, Elenita, eso no merece discusión. Ud. sabe tan bien como yo que Roberto la adora de un modo exclusivo, con pasión tenaz é ilimitada, que sólo aspira á ser su compañero de tejas abajo y que moriría si perdiera esa esperanza! Veo que vuelve el color á iluminar su lindo rostro y esa sonrisa llana y plácida me dice que Ud. misma se burla ya de sus sospechas. A otra cosa. Si yo le aseguro que con cierto gesto ó ademán suyo, en el lugar y hora convenida, nos trae grandes bienes á mí, á Roberto y á otros amigos comunes, será Ud. tan buena y complaciente que, sin pedirnos explicaciones, nos ofrezca no negar ese gesto ó movimiento?

—De mil amores, segura como estoy que ni Ud. ni Roberto me expondrán al ridículo ni á una acción inconveniente—¿qué debo hacer?

—El próximo Domingo en la tarde, después de las cinco pasará frente á la ventana de su cuarto, el Capitán Wolf; le pedimos pues, que al llegar ponga su dedo índice en

la boca é incline su cabeza como en señal de afirmación. No tenga cuidado, pues eso á nada la compromete y á nosotros nos hace grande bien.

—Así lo haré, aunque en verdad, la cosa me parece ridícula y un poco cómica; pero confío en Udes. y los creo incapaces de exigirme cosa alguna que sea indecorosa ó no correcta.

—Así lo esperaba, Elenita, y adiós por hoy. Es entendido que Ud. recibirá á Roberto como antes de la invención de Andrés.

El Domingo que siguió á la anterior conversación, Elena Escoto esperó en la ventana del salón el paso de Wolf; al ver á éste, con una mano se descubrió y saludó y la otra la llevó al corazón con disimulo. Elena inclinó dos veces la cabeza y llevó sin afectación el dedo á la boca como quien impone silencio.

Wolf observó atentamente los movimientos de Elena y quedó de tal manera satisfecho, que emprendió una especie de galopa hablando solo. No le quedaba duda de que era correspondido y de que Espinosa no le engañaba.

Capítulo XIII.

Lorenzo Rakosky á Ana Worzinsky.

San José de Costa Rica. A. C.

En un buen apuro te encontrarás al leer el nombre de la ciudad y de la República de donde te escribo. Recordarás que al dejarte en Londres te dí mi dirección en Madras para donde era mi intención tomar la Mala de la India. Tu primera idea debe haber sido la de que en Madras hay un barrio que se llama Costa Rica y una calle llamada *San José*. Pero, después de buscar en el diccionario geográfico te habrás encontrado con trescientos San José, esparcidos en toda América y España, después corres á la C-Costa Rica, y probablemente no has encontrado tal nombre, pues antes de venir á este país, quise una vez saber qué tierra era la que le da su nombre á cierta clase de café que se toma en Londres, y encontré lo que sigue en dicho diccionario "C. Rica ó P. Rico que es lo mismo; isla del Océano Atlántico en las Antillas mayores ó grandes Antillas; colonia española poco próspera, que produce café, azúcar y tabaco de mala clase, etc., etc., etc." Así es que en tu ánimo debo yo habitar en una colonia española y vivir entre mal tabaco, azúcar y café. Dime si realmente has pasado por esa mistificación de los geógrafos.

Por mi parte te diré que si este pequeño país no es conocido de los geógrafos, él vale más que ellos. A Costa Rica nada le importa que no la conozcan esos copiadores de nombres, y ellos sí pierden mucho ignorando su existencia. Lo que saco en limpio es que el mundo está por descubrirse aún y que conozco muchísimos lugares de Europa cuya descripción llena los diccionarios geográficos; y las memorias de los turistas que no sufren la comparación con este país y que están habitados por pueblos muy inferiores á Costa Rica en cultura, civilización, riqueza y fuerza vital.

Pero esto debe importarte poca cosa y

debes estar ansiosa por saber las circunstancias que me hicieron abandonar mi viaje á la India y cambiarlo por el de América.

Llegué á Southampton y tomé un cuarto en el Royal Hotel. Al tomar un lunch en el comedor encontré haciendo lo mismo á una familia que se comunicaba en francés; pero claramente se veía que no eran franceses, tanto por el acento y modo de pronunciar el idioma, cuanto por ese color indescriptible que el sol de los trópicos imprime á los dichosos ó desgraciados habitantes de aquella zona.

La familia se componía del padre, la madre y la hija, que era una joven que podía tener diez y ocho años. Después supe que eran de la América Central, y se nombran: don Juan Rosales, doña Elvira Río Seco y Delfina Rosales. Según parece, esta última me tomó por uno de esos ingleses excéntricos, maniáticos y medio dementes que tanto abundan en la Gran Bretaña; digo esto, porque desde que me vió lanzó una carcajada tan natural y exenta de afectación que sin quererlo empecé yo á reír.

Esto redobló la hilaridad de la encantadora niña hasta el grado de verse obligada á tenerse el estómago y á enjugar las lágrimas que su ataque de risa le producía. Los padres de ella pasaban un mal rato con lo que ellos llamaban mala-crianza de su hija. Es lo cierto que el señor Rosales se dirigió á mí dándome mil excusas por la inconveniencia de la niña. Yo las acepté riendo y aun les manifesté que lejos de ofenderme, me agradaba mucho ver una joven tan cumplida y elegante abandonarse sin recelo ni segunda intención á los impulsos de una impresión primera. Repentinamente la fisonomía de la joven se cambió de risueña en seria y tomando una hermosa pera que coronaba un frutero en la mesa, besó dos ó tres veces la fruta y con el ademán más encantador y gracioso, se acercó á mí y me ofreció la pera frescamente húmeda de sus besos.—En señal de reconciliación y amistad, me dijo, y haciéndome una cortesía á lo colegiala, desapareció.

Inútil es procurar explicarte la clase de impresión que esa preciosa niña produjo en mi ánimo, pues que yo mismo no he logrado explicármelo. Sólo te afirmaré que esa impresión fué inmensa, agradable, suave. Parecía que su presencia derramase por toda mi alma un baño de dulce placer. ¿Esto es amor? Nó, porque los celos no laceran mi corazón cuando veo que otros la galantean y que ella prefiera ó ame á otros. Tiene algo del amor paternal, de la amistad: en fin, no sé qué fuerza oculta é irresistible me atrae hacia ella.—Lo cierto es que, cuando ellos me preguntaron para donde iba, les respondí que casualmente éramos compañeros de viaje, porque yo pensaba visitar la América Central. Adiós, pues, la India y los elefantes y las zebras y los tigres de Bengala y los leones de Bango-ra.

Me vine con la Picolina y héteme aquí en San José de Costa Rica, Hotel de Vigne, plazuela de la Merced frente á la Iglesia del mismo nombre; país que agrada mucho á Pik, y al que solo encuentra el defecto de ser muy cara la cerveza y el *jin*.

Capítulo XIV.

Estalla la revolución.

Julio Espinosa y sus amigos tomaron como fundamento de su empresa revolucionaria, una virtud del soldado costarricense: su disciplina y ciega ebediencia á su jefe inmediato.

Se trataba pues de explotar en provecho de la libertad, el mejor atributo de nuestros milicianos; virtud que algunas veces lleva al heroísmo y á la verdadera gloria, pero que entre nosotros ha sido la principal causa de la existencia prolongada de las dictaduras.—Si nuestros soldados deliberaran habría dictadores; pero durarían semanas, mientras que sin esa deliberación duran años.

El proyecto de Espinosa, era pues, combatir la dictadura con sus mismas armas. Hacer creer á una parte de nuestro ejército, que se le conduce al combate para sostener el orden establecido; que cada disparo de su remington mata ó hiera un conspirador, un sublevado, ó lo que es lo mismo: un enemigo del Gobierno que es "*nuestro padre*" como generalmente dicen los campesinos, y lograr de este modo que marche tranquilo y confiado á enfrentarse con la muerte. Si logra, pues, que un regimiento ó dos de las provincias marchen sobre San José con esa convicción, la victoria es segura, suponiendo por otra parte que ha podido obrarse de modo que el Gobierno sea sorprendido é ignore los antecedentes. Si se triunfa, no importa que las tropas conozcan las supercherías después; si todo fracasa, el Gobierno vencedor se encuentra con inocentes y no puede castigar infelices que venían en su ayuda, y sólo padecerían los jefes que conocían el fraude ó engaño de que usaban. Esto entendido, veamos como desarrolló Rosales tan científico plan de ataque á la dictadura.

Todo preparado por Julio Espinosa y Roberto Delgado, y presos éstos por sospechas que una simple dirección puesta en una cubierta de carta habían producido, los demás conspiradores continuaron disponiéndolo todo bajo la impulsión recibida antes de aquellas.

Asegurados de la cooperación del Coronel Wolf y de la de dos oficiales de la plaza de Heredia, los habitantes de San José presenciaron atónitos el día 1º de Agosto de 187... los acontecimientos que pasamos á referir.

Al pasar el tren que salía de esta capital á las 11 a. m. por ser un Domingo, quedó en Heredia uno de los conspiradores que llamaremos Z. Las milicias de ese departamento estaban reunidas en la Plaza Principal. Después de una corta conferencia entre Z y el oficial Comandante del Cuartel, salió un cabo en busca del Comandante de la Plaza para avisarle que un soldado se había mal herido y que deseaba hablar con el jefe militar del departamento. Preguntó dónde estaba el soldado nombrado y el Comandante del Cuartel lo llevó á un cuarto cuya puerta estaba guardada por un centinela. Entraron ambos. Una vez en el cuarto, el Comandante del Cuartel comunicó al de la Plaza que quedaba arrestado por orden del General en Jefe, é incomunica-

do. Si hace alguna tentativa para salir ó hablar, haced fuego sobre él, dijo aquél al cabo de la guardia y se procedió á liar debidamente los brazos del jefe, á quien también se le puso una mordaza.

Z quedó de Comandante del Cuartel y esperó la vuelta del tren de Alajuela. Cuando éste pitó, salió con sus oficiales y mandó tocar atención formando en cuadro á los cuatrocientos y pico de hombres que maniobraban en la Plaza, y á punto y seguido los arengó brevemente diciéndoles que el Gobierno estaba en peligro: que los Cuarteles de San José estaban en plena sublevación y que á ellos, heredianos, tocaba el honor de salvar el orden público marchando sobre San José á sitiar dichos Cuarteles donde estaban los revolucionarios, quienes, dichosamente no habían sido ayudados por la población y era fácil dar cuenta de ellos. Concluyó con un ¡viva la República! ¡viva el Presidente! ¡mueran los traidores! y sobre la marcha y después que la banda militar hizo oír el himno nacional, partieron entusiastas á tomar el tren. Cada soldado llevaba treinta tiros en la cartuchera. Hay que advertir que Z había mandado cortar el hilo del telégrafo que comunicaba con San José y apoderarse del de Alajuela para que nadie pudiera dar aviso.

Llenos tres carros de pasajeros y dos de carga, partió el tren que conducía la fuerza que obedecía á los revolucionarios, en la buena fe de que se trataba de defender al Gobierno. En el camino, ofreció grandes premios á los que se portaran bien. La principal consigna, intimada bajo pena de muerte era: que ningún individuo de aquel pequeño ejército debía hablar ni comunicarse con ninguna persona extraña aunque perteneciera al sexo débil.

(Continuará).

TIJERA.

De dos hombres iguales en fuerza, el que tiene razón es el más fuerte.—*Pitágoras.*

ENGAÑOS DEL ENGAÑO.

Dolora.

—Cuánto creía en tí, cuanto creía!
—Te juro que aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrado
Sobre mi tumba dejaré grabado:
“Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.”

Ramón de Campoamor.

—Un marido hace jurar á su mujer que se matará de un tiro en el momento en que él se muera.

Al día siguiente hace testamento y no deja ni un real á su mujer.

—¿Cómo! Infame! dice ésta. ¿Y para mí?

—¿Para tí? ¿Qué falta te hace? ¿No me has jurado?.....

—Sí: yo me tiraré el tiro delante de tu cadáver; pero *¿y si por casualidad no me mata?*

Después de hacer de un paciente un exámen muy prolijo desde los piés á la frente, así el médico le dijo

con muy grave contingente:

“De esta le aseguro yo que saldrá con brevedad,” y el médico no mintió, que al otro día salió derecho á la eternidad.

“Mucho, mucho,” de estribillo Pedro á todo contestaba, Y horas enteras pasaba con este mismo tonillo.

D. Blas que es un hombre ducho, Le llamó un día: “animal,”

Y él contestó muy formal:

—Mucho, mucho, mucho, mucho.

Un libro compró Ricardo

Y que era suyo creyó:

Mas al estudiar en él

vió con estupefacción,

Una nota que decía:

“Es propiedad del autor.”

El conde X tiene un criado negro que lleva siempre corbata blanca. Como un amigo manifestase su extrañeza al conde, éste dijo:

—Es para saber dónde le empieza la cabeza.

El barón ha muerto sin haberse acordado en su testamento de su protegida Matilde.

—¿Cómo ha quedado esa muchacha?— pregunta un amigo.

—Lo mismo que antes.

—¿Pero en qué posición?

—Pues en la horizontal.

CURIOSO.

Un señor se presenta en una tienda en cuyo escaparate hay un cartelito que dice: *english spoken*, y pregunta por el que habla inglés.

—Aquí no hay quien le hable, contesta el dueño.

—Entonces, ¿porqué pone usted en la vidriera que se habla inglés?

—¡Oh! muy sencillo. Cuando vienen ingleses, hablan inglés entre ellos.

NOTAS.

PARNASO VENEZOLANO. — “Costa Rica Ilustrada” ha sido favorecida con el valioso obsequio de una colección, comprensiva de los últimos tomos del Parnaso Venezolano que está editando la casa acreditada de Betancourt é Hos. de Curazao. Los tomos referidos van del VI al XII, en que sucesivamente están los versos de José Heriberto García de Quedo, José Ramón Yepes, Rafael Arvelo, Juan Vicente Camacho, Cecilio Acosta, Francisco G. Pardo y Pedro José Hernández. Reputaciones hechas, no nos queda que decir sobre ellos después de consignar sus nombres, y solamente llamamos la atención del público sobre esta obra que es el resumen intelectual de

la República de Venezuela, tan gloriosa por sus armas como por sus letras.

EL DÍA 26 se verificó en la ciudad de Cartago el enlace matrimonial de nuestro apreciable compañero de prensa, General don Francisco Serrano, redactor de *La Prensa Libre*, con la distinguida señorita Sara Peña. En los salones de la casa de la novia se dieron cita la *creme* de la sociedad cartaginesa y personas muy distinguidas de la sociedad josefina. La Colonia Colombiana felicitó al compatriota y tan selecta como numerosa asistencia, tomando la sopa del nuevo hogar, hizo votos por la felicidad que tanto se merecen los recién casados; votos que nosotros repetimos ahora.

Presentamos atentamente nuestro saludo al señor Dr. don Jacinto Castellanos, quien acaba de desembarcar en Puntarenas.

El señor Castellanos es persona importantísima de la República del Salvador, y fué él quien representó á aquel país en el Congreso Pan-Americano.

La Compañía lírico-dramática Ochoa-Alva se ha distinguido últimamente, tanto por el buen gusto en escoger las piezas como por la buena interpretación que los actores han sabido dar á sus respectivos papeles.

La función de antes de anoche fué desempeñada con mucha felicidad y el público salió sumamente satisfecho.

Felicitemos á la Compañía.

Nuestra oficina de Redacción y Administración se ha trasladado frente á la oficina del Telégrafo, Calle 20, Norte, antigua calle del General Fernández.

AVISO.

“RIGOLETO.”

Semanario Satírico Ilustrado.

Se publica todos los lunes en Buenos Aires (República Argentina.)

Contiene magníficos grabados, caricaturas y artículos satíricos.

Precio de suscripción.

Un año..... \$ 6-00

Tres meses..... 1-50

Número suelto..... 0-15

Mostrará el primer número al que desee suscribirse.

El Agente,

Eduardo E. Fournier.

Eduardo Cuevas

Profesor de Canto y Piano,

Ofrece sus servicios.

Para solicitudes, en la Escuela Nacional de Música, los días Lunes, Miércoles y Viernes, de 6 á 8 p. m.;

En la Imprenta Nacional don Procopio Castro informará.